

Esa economía, tan revuelta

("The Washington Post", "Herald", edit.)

Loados sean los viejos tiempos en los que se podían distinguir las buenas noticias de las malas sin necesidad de un programa. Esto ya no es así. El ministerio de Trabajo norteamericano anunció días pasados que la la tasa de desempleo había subido algo el mes pasado, hasta alcanzar el 5,3 por ciento. Desde luego, esta era una mala noticia, puesto que supone que la economía no crece tan deprisa como la mano de obra disponible, y más gente se queda sin trabajo. Es decir, esto, por lo menos, es lo que parece... aunque no exactamente. La bolsa subió ante tal anuncio.

La interpretación favorable de esta fué que la Reserva Federal había conseguido posiblemente frenar la expansión y, por consiguiente, la inflación, a través de los incrementos de los tipos de interés que había llevado a cabo en los últimos meses. Por lo tanto, no tendría necesidad de aumentarlos más, como se había temido. Así, pues, el mayor paro era una buena noticia, ya ven, sólo que luego resultó que la bolsa, el mismo día, volvió a bajar. Cuando esto ocurrió los agentes dijeron que los inversores habían caído en la cuenta, después de pensarlo mejor, que una expansión menor se traduciría en unos beneficios más pequeños para las sociedades.

Esta locura es una manifestación adicional de lo que ha conseguido el déficit presupuestario. La política fiscal -esto es, la diferencia entre gastos e impuestos- está bloqueada por la política. Así, la política monetaria, controlada por la relativamente independiente Reserva Federal, es la única fuerza de contención. A su vez, el arma única de la Reserva Federal para luchar contra su gran enemigo, la inflación, es la cruel de los elevados tipos de interés, que han de frustrar muchas esperanzas y aplastar a mucha gente para que la economía siga funcionando.

La labor de la Reserva Federal, por otra parte, se ve

complicada por las posibles repercusiones internacionales de sus decisiones, que limitan su libertad de movimientos. Los norteamericanos no ahorran lo suficiente para financiar la inversión privada y el déficit presupuestario, por lo que los Estados Unidos dependen de los extranjeros. Si la Reserva Federal intenta reducir excesivamente los tipos de interés, ahuyenta a inversores y prestamistas. El dólar cae y aumenta el precio de las importaciones. El dinero más fácil es así doblemente inflacionista. Pero si la Reserva Federal mantiene los tipos y el dólar demasiado altos, provocará un incremento del déficit comercial, pues los productos extranjeros costarán menos en Estados Unidos y los norteamericanos más en el extranjero. Una política monetaria más restrictiva supone así un doble riesgo de recesión.

Si el presidente y el Congreso pudieran dejar a un lado su absurdo miedo al electorado y sus disputas más bien formales durante un tiempo lo suficientemente largo para que el déficit fiscal se redujera, cesaría la presión sobre los tipos de interés. Estos podrían ser reducidos, con lo que la economía quedaría en libertad de competir tanto en el interior del país como en el extranjero, una vez que se hubieran reducido los temores de inflación.

En tal caso, las buenas noticias serían de nuevo y mucho más claramente noticias buenas, y las malas noticias serían realmente malas. Valdría la pena aumentar los impuestos aunque sólo fuera para conseguir esto.
